

crítica / crítica

La Señal

De Ricardo Darín y Martín Hodara
Argentina-España (2007)

Argentina, en la década del cincuenta. Mientras Eva Perón, gravemente enferma, agoniza en su cama, el día a día transcurre sin mayores novedades para los detectives Corvalán (Ricardo Darín) y Santana (Diego Peretti) que se encuentran siempre a la caza de esposas o maridos infieles y estafadores de poca monta. Sin embargo, todo se trastocará cuando una tarde, Corvalán reciba una nota con el nombre y teléfono de una atractiva y misteriosa mujer que lo mira insistentemente desde la mesa contigua.

El proyecto que dejara en etapa de preproducción, el fallecido Eduardo Mignogna, director argentino de títulos como *Sol de Otoño* y *El Faro*, fue retomado por el conocido actor Ricardo Darín, quien asumió el reto con Martín Hodara, en esta película que protagoniza y que además es su ópera prima.

Todos los elementos del buen cine negro se reúnen en los 95 minutos de *La Señal*. Así, encontramos a un héroe rudo, cínico y -en un primer momento- reacio a expresar sus emociones en la piel de Corvalán. Su compañero Santana es el escepticismo e intuición encarnados, poseedor además de la sabiduría que le ha dado la calle, lo que hace que pueda ver más allá del

apasionamiento y desconfiar de aquel ángel en tacones que se deja ver solo cuando ella quiere. Una femme fatale o vehículo al infierno, como muchas hubieron en el Hollywood dorado y que llegaron de la mano de realizadores como Fritz Lang, Jacques Tourneur, Orson Welles y Billy Wilder.

En ese sentido, Darín y Hodara demuestran haberse nutrido de las fuentes más básicas del noir, brindando guiños que los cinéfilos han de agradecer. Asimismo, es notable el retrato en sepia de ese Buenos Aires que, al ritmo de los tangos de Gardel y las melodías de Sinatra, reserva para sus calles más estrechas; la corrupción y violencia que conviven en esa capital de plegarias masivas por la salud de Evita, en días de lluvia copiosa que no pueden ser señal de buen augurio.

A pesar de un epílogo apresurado y tal vez innecesariamente sentimental, esta cinta argentina se deja ver por las virtudes mencionadas y porque además cuenta con buenas actuaciones, destacando Diego Peretti, en el rol del desencantado y leal Santana.

(Leny Fernández)



Flandres

De Bruno Dumont
Francia (2006)

¿Cuál es la diferencia entre una película de guerra y una película de amor? ¿Y si fueran, sorprendentemente, en algún punto escondido y olvidado, la misma cosa? En *Flandres*, Dumont plantea esta pregunta, al unir sutilmente ambos temas, haciéndome sentir, con extraña intensidad, que son, que no pueden ser sino uno solo. Pero 'ellos', los personajes, nos podría susurrar una



voz interior, no son como nosotros. ¿Despreciaremos con facilidad a estos seres elementales, ignorantes, campesinos, casi emanaciones de la tierra, demasiado instintivos, como si fueran esencialmente distintos, ajenos? Algo falla (en el mejor de los casos) en nuestro supuesto y no muy feliz refinamiento. ¿Ellos no serán tal vez como nosotros, solo que despojados de capas engañosas, a las que nos aferramos vanamente, filtros que no son otra cosa que trampas, envenenados aprendizajes culturales?

Dumont busca la esencia humana, la espiritualidad, la iluminación, en el centro de la animalidad, en apariencia más simple, ahí donde el hombre se manifiesta sin cálculos ni programas razonables, a menudo cobardes. Las potencias 'espirituales' solo pueden nacer, crecer, revelarse, a partir del estremecimiento

más carnal, en lo que la experiencia de fusión puede tener de no-verbalizable y de maravilla oscura. Dumont lo sabe bien, y lo muestra con insistencia ejemplar en cada una de sus películas. Un triángulo amoroso se yergue como una guerra no declarada. Los dos lados masculinos, más tarde, irán a una guerra muy precisa a la vez que innominada, y uno de ellos, encontrará la traición como un regalo. La guerra es deseo desbocado, egoísmo brutal; y la guerra es el amor y el cuerpo de una mujer, en guerra consigo misma.

Defender a Dumont, de cierta incompreensión en razón de su sequedad y su crudeza, defender a Dumont, que insiste tercamente en sumergirnos en sus fábulas oscuras sobre seres humanos que se debaten entre la torturada torpeza de sus instintos y una luz frágil de redención, es como mínimo, un deber. Dumont busca el renacimiento de sus personajes, sometiéndolos a la exploración inmisericorde de sus límites, en medio del tedio y del lodo de la existencia, y, en esta ocasión, del lodo ensangrentado de la guerra.

(Mario Castro)